

UN GATO NOS OBSERVA

● ALBERTO BEVILACQUA: *EL OJO DEL GATO*. Buenos Aires, Eneclé, 1967, 298 pp. Distribuye Indiana.

LA experiencia de que parte el autor es un viaje a Vietnam, travesía dantesca, ascetis reveladora y alucinante, en la que el hombre del mundo marginal aparece agredido y desgarrado por la violencia de una civilización que ha perdido contacto con el mundo. Tal civilización —la de Roma, a donde vuelve— mezcla conformismo y desgregación, dando lugar a coincidencias sin sentido. Y así crece el afán homicida de poder por un lado, y por el otro el vacío y la desesperación. El arma secreta del autor es su amor a la vida y su fe en los hombres; y tal vez en un Dios lejano y fugitivo como un cúasar. Pero padeca, como su motivo más persistente, un miedo irrevocable a la muerte y a su inevitabilidad.

Entre ese mundo sin yo y ese yo sin mundo, ¿qué puentes tender?, ¿y qué actitud puede restablecer la homogeneidad perdida?: "Sólo la inteligencia llevada al límite de la espiritualidad", el poder de ver, como con "el ojo del gato", "desde una soledad perfecta y grandiosa", la tierra desolada bajo el ruido y la deserción de quienes, con una mentalidad de supermercado, no sospechan siquiera lo que son. El autor le da a tal actitud el nombre de "ironía", pero la concibe sobre todo como una "espléndida burla", por la que el mundo, a propósito de dos personajes (su ex-mujer, la "Conforti", y el hombre con quien se aparee) cómodamente instalados en él, resultan ridiculizados a mansalva. Esa jocunda y acre ironía es la única respuesta —piensa A. B.— que puede desvanecer además la propia culpabilidad y humillación; apelando incluso al robo, como medio de ir desarmando el artefacto corrupto de una civilización antihumana.

La obra nos describe al final, con bastante gratuidad, la reinserción del relator en un mundo homogéneo, en el que ya no tropieza con nadie, y puede oír así "el silencio entre las palabras y el movimiento de la gente", la pura voz de la naturaleza anterior a la deshumanización. El llamado de la ironía viene a aparecer de ese modo como el llamado de la santidad, en la inmensa felicidad de saber que ya no es necesario moverse de este preciso lugar, y que ahora hasta es posible morir en paz, y decir, como en la última frase del libro, "amén también conmigo".

No es por casualidad que el piloto que oficia de Virgilio en el inicial descenso a los infernos, sea un oriental para quien "L'Europe, ton pays", es "le berceau rayonnant de merde". Y que diga que el mundo real está en los desagües, es decir en el mundo subdesarrollado, cuya vida elemental se hace urgente preservar de esas emanaciones mefíticas. Como Lorenzaccio, siente el autor que la pureza no puede autoabastecerse, que moriría en ese caso por inanición. Dirige entonces su mirada helada, su odio inagotable y su lujosa, casi lujuriosa ironía, contra la miserable vida burguesa. Se demora tal vez demasiado en ese chapaleo sin fin entre corrupciones estancadas, como si quisiera justificar de ese modo una inacción pretendidamente sabia, a lo gato que observa, en el extremo opuesto del cambiar para no cambiar del Gattopardo, pero con similar ineficacia. Si bien la novela vale como lírica y poética denuncia contra la podredumbre de un mundo supercivilizado, no se ve claro cómo ni para qué habrá de surgir así esa sabiduría del dejarse estar y ese morir en paz que se postula como una culminación. Admitamos las miradas de gato, pero se necesitan correlativamente actitudes de hombre. Y en la novela no se ven ni por el forro.

WASHINGTON LOCKHART